



LIPNITZKI
PARIS

EDUARDO MANET sintió un día que la isla era muy estrecha para su caminar. Y emigró, como hacían antes los patriotas, los poetas y la gente que tenía dinero. Más al irse no dejó tras sí el silencio y la nadería. Dejó, además de los naturales afectos de amigos y familiares (Oh, Sarita, ¡cómo lo has sentido!) la impresión de su talento y la obra de su capacidad. Rápido cruzó el bachillerato y más rápido aún llegó a la Universidad. Su padre, un hombre a la antigua (de aquellos de "mi palabra vale más que una escritura") no le dejó fortuna (no obstante haber llegado hasta la ya antigua ubérrima Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes) pero le dejó el espíritu abierto y la inclinación al estudio y a las bellas artes. Primero la poesía (de un tono "que no quiere acordarse"); después el teatro. Lo escribió y lo dirigió. Y entre los nombres ya sentados de Modesto Centeno, Martínez Aparicio, Andrés Castro, tuvieron que poner el suyo porque se lo había ganado. Pero ya digo: la isla era muy estrecha de verdad. Y emigró. París, para estudiar, como lo hace, con ese grande de Jean Louis Barrault. Y visitar Europa. Y a sus años mozos tener la oportunidad de entrevistarse y retratarse con María Casares. ¡Cómo te envidian, viejo, los que aquí morimos!